

LIBRO II.

EL GENERAL BERNARDO REYES EN LA FRONTERA DEL NORTE.

Nadie motejar puede tus palabras,
Ni habrá entre los Aquivos quien las dude;
Pero no has dicho todo

Iliada.—IX., vs. 55-56.

Una nacionalidad que baja, es un río que
se agota y abandona sus riveras. Pone al
descubierto los caimanes que se ocultan en
sus aguas profundas.—Edgard Quinet.

CAPITULO I.

Díaz en Nuevo León.—Los Caudillos Fronterizos.—Las Revoluciones de Díaz en la Frontera.—Después de Tuxtepec.—Gobiernos Civiles.—Los “Amigos Incondicionales del Grl. Díaz.”—“Dn. Genaro Garza García “Persona non Grata.”—Aprestos Militares.—La Conspiración de Reyes.—Garzayalistas y Militaristas.—Victoria Prevista.

A medida que en esta labor avanzamos, guiados por un espíritu recto y justiciero, desprovistos de temor y rencores, tropezamos más de cerca con la dificultad de narrar sucesos contemporáneos, máxime si en ellos nos ha cabido alguna parte. Con todo, no creemos que la historia pueda escribirse de otra manera. Si los acaecimientos más sencillos se desfiguran de boca á boca, con mucha más razón cambian de aspecto de año á año. Quizás por esta causa ocupan un lugar tan prominente las “Memorias,” en la literatura francesa.

Ya hemos visto la “política Díaz,” desde la Capital de la República, echando enérgicamente los cimientos de una Administración firme y vitalicia; la vimos pasar por sobre todos los obstáculos y confirmar de una manera evidente el proloquio del Sr. D. Francisco Bulnes: “la opinión del pueblo es la más despreciable de las opiniones.*” Aunque, un espíritu de justicia nos mueve á confesar, que jamás el Sr. Bulnes intentó darle tanto alcance á su proloquio. En boca

*Renán dice que el voto de la mayoría nada vale, sino cuando esta tiene razón.

del Sr. Bulnes, fué una osadía retórica; en el cerebro del Sr. General Díaz fué una ley de conducta. Nadie más que éste señor, considera la opinión del pueblo como la más despreciable de las opiniones. Ya tendremos ocasión de verlo. Ahora, pasaremos á estudiar la acción del Poder Federal, en toda su intensidad, centralizándose en tres Estados de la Frontera del Norte, señaladamente en Coahuila y Nuevo León. Se verá entonces bien claro, cómo los tentáculos de la política Díaz, se tienden, cojen y asfixian á sus designadas víctimas, aún en los más apartados poblachos de la República.

Nuevo León disfrutó por muchos años, la no usurpada reputación de ser uno de los Estados más levantiscos y enérgicos. La fama de sus generales y el valor de sus hijos, le habían colocado en primera línea entre los Estados guerreros de la República revolucionaria. Coahuila y Tamaulipas solían secundarle en sus empresas militares, y con tan valioso contingente, no era raro ver ascender ejércitos de las planicies del Norte, á las estribaciones graníticas de la Meseta Central, que como el famoso Ejército del Norte, causa fueron de admiración primero, y motivaron luego la gratitud de la Nación, por el empuje y brillo de sus singulares hazañas.

Esto no podía ignorarlo el triunfador Caudillo de la Revolución de Tuxtepec; como que en mucha parte debió su encumbramiento, al auxilio leal y eficaz de los soldados y jefes fronterizos. Y por lo mismo que no lo ignoraba, una vez encumbrado, *para permanecer*, á la Suprema Magistratura, su primer cuidado fué devolver los beneficios recibidos....., con la ingratitude inalienable de todos aquellos hombres, para quienes el éxito es el tributo del destino á sus altas dotes, y el beneficio recibido, se acepta como parias debidas á problemáticos merecimientos. Díaz, que comprendió el sacrificio que de él demandaría el ser leal con los caudillos fronterizos, tuvo un arranque, que se lo aplaudirán otros: decidió reducir á Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, á una servidumbre oropelada, mandando á Monterrey á uno de sus adelantados militares, para que

desde allí ejerciese vigilancia estricta sobre los Estados convecinos.

En los años que precedieron á la Revolución de Tuxtepec, en Nuevo León había partidos políticos; las elecciones de funcionarios eran calurosamente discutidas en la prensa y contestadas en los comicios, consciente el pueblo de entonces, de que el ejercicio del sufragio, la facultad, el derecho de constituirse un Gobierno amoldado á sus aspiraciones, es una de las más altas prerrogativas del ciudadano.

Es una mentira, que pueda existir una Nación, un Estado, una ciudad, un craal, en que la opinión sobre todos los actos públicos se halle unificada; por eso los sueños socialistas de Utopías fantásticas, han fracasado siempre que la estulticia de los empíricos ha osado desafiar la marcha torpe, si se quiere, pero lógica de nuestras agrupaciones sociales, en las que el progreso dimana, precisamente, de la lucha entre lo existente y lo que pueda existir, que es la fórmula complexa de la civilización. Y cuanto más ardiente es esa lucha, más se piensa, y la civilización es más rápida. Hacedla desaparecer, y naciones, pueblos, congregaciones, caen en la indolencia y el marasmo, ayeciándose á la esclavitud. Hasta la guerra ha sido mejor que ese marasmo en que todo se acepta y nada se discute: los pueblos pastores y los habitantes de la ciudades lacustres, sintieron descender sobre ellos el primer rayo de civilización, cuando les fué preciso *pensar* en la manera de defenderse de sus enemigos. En cambio: ¡cuántas razas aborígenes en nuestra América hánse consumido y agotado en fértiles valles, asfixiadas por una civilización adusta, que les arrancó el hacha guerrera de las manos! ¡Y ellos no sabían hacer más! Los pueblos en que la opinión pública, en materias de gobierno, está aparentemente unificada, afirmadlo *a priori*: se hallan regidos por déspotas detestables.

Las revoluciones del Sr. Gral. Díaz fueron calurosamente secundadas en la Frontera del Norte, y á ellas se adhirieron sus principales caudillos. Entre estos, es digno de singular mención el Sr. Lic y Coronel D. Genaro Garza García, uno de los hombres más extraordinarios que haya producido

Nuevo León, y en quien las virtudes cívicas, la ilustración y el temple de alma de tal suerte le realzan, que entre sus admiradores cuenta á sus más encarnizados enemigos. Es ahora casi un anciano, recluso en su pueblo natal y ageno á la política activa; pero con un sistema nervioso y una inteligencia de veinte años. Es uno de aquellos caracteres, que no transigen con "la brutalidad de los hechos consumados." Dotado de una inteligencia bastante sagaz, para comprender donde el ciclope puede rendirse á la montaña, sus palabras intencionadas son de paz, la sonrisa amarga de sus labios se llama resignación, el brillo cambiante de su mirada tenaz y fija, tiene algo de la dignidad hierática que acompañaba al horóscopo burlón de las pitonisas. Convence desde luego, que no compartió el "sic erat in fati" de su Estado: el sufrimiento y la paciencia hace á los hombres fuertes, y á los pueblos débiles."

Villa de García, que lo vió nacer, es desde hace dieciocho años, una Meca donde van á fortalecerse los decaidos de la fe, aquellos á quienes flagelan la impotencia y la desesperación. Y los sarcasmos que envueltos en risas nerviosas, como sacudidas galvánicas, desliza en una conversación animada, franca é indiferente, tienen la particularidad de jamás errar el blanco: hieren, ahondan, iluminan y consuelan. Porque el sarcasmo de las almas grandes, es el incentivo más poderoso para la acción. Se desoye el consejo; pero nó la burla que al saherirnos nos dignifica, y ensancha el campo de acción en nuestros horizontes.

No vale decir lo que antecede, que durante su vida política activa, el ilustre recluso de Villa de García no hubiese tenido enemigos: los tuvo y muy dignos de él: no se puede brillar sin producir sombra; pero al escampar del torneo político, no eran sus enemigos quienes le vencían, sino hondas decepciones: había descubierto los pies de tosca arcilla de sus ídolos.

Al triunfar Tuxtepec, en Diciembre de 1876, el Sr. Lic. Garza García, que á Monterrey había entrado al frente de soldados victoriosos y coreado por las frenéticas aclamaciones del pueblo, se hizo cargo del gobierno interino del

Estado, el cual puesto desempeñó con tal carácter, hasta el 4 de Octubre de 1877, en que se recibió de propietario.

Terminado su período de dos años en 1879, se recibió del Gobierno el Sr. Lic. D. Viviano L. Villarreal, quien á su vez lo transfirió, en 1881, al Sr. Lic. D. Genaro Garza García, al cual el sufragio popular elevaba nuevamente á la primera magistratura. En 1883, tras reñidas elecciones, se hizo cargo del Gobierno, el Sr. Lic. D. Canuto García, que fué el candidato apoyado por su predecesor, y cuyo gobierno se distinguió por una absoluta libertad de imprenta.

En 1885 se inició una oposición contra la candidatura del Lic. Garza García, á quien á su vez apoyaba el Gobernador en funciones; pero como se hiciera de público dominio que el Sr. Garza García, contaba con el apoyo del Centro, la oposición se debilitó, ofreciendo escasa resistencia al triunfo del candidato oficial.

Tadavía en aquella época, ni aún los más osados entre los admiradores y "amigos incondicionales" del Sr. Grl. Díaz, se habían atrevido á proponerle la violación del Plan de Tuxtepec, en el más importante y trascendental de sus capítulos, es á saber: la "no reeleccion." Aún se hallaba Tuxtepec en el reinado de Saturno, y el "Pudor" aún no había ascendido á más limpias esferas.—"*Fuit pudicitian Saturnum regem.*"

El 4 de Octubre de 1885, se recibió nuevamente del Gobierno el Sr. Lic. Genaro Garza García, coincidiendo esta elección con el afianzamiento en la Presidencia del Sr. Grl. Díaz. Tras el "Entreacto González," el militar afortunado tomaba nuevamente en sus manos el gobierno de la República, resuelto á hacer sentir en toda ella su influencia omnimoda, á aprovecharse astutamente de los francos desaciertos de su antecesor, y á hacer de su voluntad de hierro la "suprema lex" de los mejicanos.

Naturalmente, su mirada de águila principió por fijarse en los gobiernos de los Estados; nó para clasificarlos en buenos y malos, sino para distinguir á los enemigos, de los tibios, y de los incondicionalmente sujetos á sus órdenes y caprichos.

Ya para esta fecha, en la Capital de la República se había organizado y constituido una Asociación compuesta de políticos preteridos, admiradores platónicos, partidarios de subasta, ambiciosos de conciencia maleable y rezagos de partidos fracasados, cuyo lema fué: "Lo que disponga el Ejecutivo." Este grupo de mendicantes de éxito á trueque de dignidad y conciencia, se llamó: "Círculo de Amigos *Incondicionales* del General Díaz." La palabra "incondicionales" solía omitirse, *proh pudor*, en ciertos actos oficiales.

Como se trasluce claramente, el Sr. General Díaz andaba á caza de "amigos incondicionales," para llevar á cabo, con buen apoyo, el desgarramiento del Plan de Tuxtepec. Ahora bien, para realizar su audaz tentativa de gobierno vitalicio, preciso era principiar por reformar su Plan Revolucionario; modificando primero, y haciendo desaparecer más tarde, el precepto de la no reelección. Manejar las Cámaras y obligarlas á aceptar la consigna respectiva, cualquiera que fuese, no era obstáculo digno de mención, como que ya para entonces el pueblo nada tenía que ver con el nombramiento de *sus* representantes, los cuales habían pasado á serlo de la voluntad y conveniencias del Supremo Magistrado.

Pero aún quedaban girones de honor, de personalidad, en los gobiernos de algunos Estados, señalándose entre éstos el de Nuevo León, en cuya política ningún papel desempeñaban los militares, ni aún sus propios caudillos. Como se ha visto, los turnos de Gobierno recaían en letrados adictos á la Ley, y poco afectos, por lo mismo, á las genuflectaciones de la Ordenanza. Díaz no pedía contar para servirse de ellos como instrumentos ciegos, con hombres semejantes. Aún cuando en un instante psicológico, y cediendo al contagio del medio, se ofreciesen incondicionalmente á acatar sus órdenes, no podían inspirarle confianza hombres no hechos para soportar el yugo.—"Es muy difícil desposeernos de nuestra naturaleza humana", decía Pirron; y, "los dioses se ríen de las protestas que hacemos de violentar nuestra naturaleza."

Así, pues, el futuro, Presidente autócrata, obró lógicamente,—como debía haber obrado, dados sus fines,—al in-

miscuirse de una manera sagaz y al mismo tiempo enérgica, en los asuntos de un Estado que acababa de elevar á la Suprema Magistratura á un hombre como D. Genaro Garza García: Cincinato por su hanradez, Wamba por su nobleza, y de la gloriosa extirpe, casi extinguida entre nosotros, de aquellos hombres que "se quiebran pero no se doblan," nó raros todavía en los buenos tiempos de D. Melchor Ocampo.

Como indicado dejamos, se recibió del Gobierno el Lic. Garza García, casi sin obstáculos. Desde algunos meses antes, había estado en la Capital desempeñando su cargo de Senador, y antes de abandonarla, solicitó un permiso, que le fué concedido, de no volver al período de sesiones de Septiembre, por tener que hacerse cargo del Gobierno de Nuevo León. Dícese que su despedida del Sr. Presidente fué en extremo cordial, y aún se agrega, que un plan financiero y político habíase concertado entre los dos altos funcionarios, el cual miraba hacia el desarrollo material y prosperidad de los Estados fronterizos, en consonancia con el iniciado para el resto de la República. Y estos rumores fueron, precisamente, los que desmoralizaron la oposición, como ya dejamos dicho, y aseguraron un fácil triunfo electoral á D. Genaro Garza García.

O tales rumores fueron falsos, ó tras ellos se ocultaba la más negra perfidia; como vamos á verlo.

El 4 de Octubre de 1885, tomó posesión de su cargo el nuevo Gobernador, sin que tal acto perturbase en lo más mínimo la tranquilidad pública. Pero no faltaron políticos zahories, que comentaran *sub rosa* la coincidencia notable de haber llegado et día anterior á Monterrey el 5^o Batallón, al mando del General D. José Valle, cuya banda dió al día siguiente la serenata de honor en la Plaza de Zaragoza. Pocos días después llegó el 10 Regimiento, al mando del General Coronel Gregorio Ruiz, lo que dió margen á nuevos comentarios de ambos partidos, pues tan perplejos andaban los unos como los otros. Temores y esperanzas, respectivamente, producían en los dos bandos contendientes, los mismos efectos: desazón é intranquilidad. Vino, luégo á dar

creces á estas, la llegada intempestiva del Señor General Bernardo Reyes, cuyos actos de brusquedad militar en Sonora, Sinaloa y San Luis Potosí, no eran del todo desconocidos á los neoleonenses. Traía el cargo de Jefe de las Armas, aunque nó de la Zona, que aún se hallaba al mando del General Julio M. Cervantes, con Cuartel General en el Saltillo.

La llegada de Don Bernardo á Monterrey, á raiz de los sucesos narrados, disipó toda duda, aún en los más cándidos y confiados, acerca de las siguientes previsiones: que el Gobernador Garza García, había cesado de ser *persona grata* al General Díaz; y, segundo, que algo se tramaba en su contra en los altos círculos políticos.

Con efecto, apenas llegado el General Reyes á la Capital de Nuevo León, comenzó á conferenciar con los corifeos de la oposición, que lo eran entonces el Lic. Lázaro Garza Ayala, Grl. Pedro Martínez y el Lic. Narciso Dávila, sin hacer de ello misterio alguno.

Entetanto, había llegado á Monterrey el Coronel Jesús M. Mier, al mando de una fuerza respetable. Diríase que la población se preparaba para resistir un formidable asalto. Por calles, plazas y demás lugares públicos sólo se veían kepies y uniformes militares; y los destartados cuartales habían cobrado animación con las escoletas de las bandas militares y el estridente toque de las trompetas y clarines.

Y mientras esto acontecía, el militar-político no tomaba reposo. Y no eran ya tan sólo los jefes de la oposición á quienes entrevistaba, sino á los segundones de la misma, tales como el Lic. Pedro J. Morales, Lic. Secundino Roel y otros. Preciso es confesar que, como conspirador, el Sr. General Reyes rayó en el heroísmo; fué franco, audaz, y tramoyó á cara descubierta y sin escotillones. Si Don Genaro se hubiese encontrado en el puesto del Sr. Grl. Díaz, probablemente le hubiera mandado fusilar; pero en buena hora para Reyes, los peligros se hallaban en la banda de D. Genaro. La conspiración de Reyes formaba parte de la Ordenanza Militar no escrita, y la mandó hacer "*who must be obeyed*," como "*She*," en la obra de Haggard.

Las elecciones de funcionarios municipales, que deberían verificarse á principios de Noviembre, habían tomado muy mal cariz para el Gobierno. En todos los pueblos del Estado lanzáronse candidaturas de oposición á las oficiales, brevetadas con la estampilla del éxito. Nadie desconocía la procedencia del movimiento opositor, y ya de antemano se descontaba la derrota.

Y así fué cómo el partido garzayalista, halagado en sus pasiones y sed de triunfo, perdió de vista el "Faro de las Tempestades," que, en el poema de Camoens, advierte al nauta de la proximidad del peligro. Ciegos y confiados, prestaron al Agente de Díaz todo el contingente de su popularidad verdadera, movieron los resortes de ésta con increíble energía; en todas las municipalidades de Nuevo León excitaron á sus correligionarios políticos, para que se aprestasen á una lucha en la que derramar sangre no estaba prohibido. "Todo por la victoria:" tal fué el grito de guerra.

Y aquella victoria sería proemio de la servidumbre del Estado, y sería un triunfo sin laureles, porque, como se dice en "El Cid" de Corneille, "vencer sin obstáculos, es triunfar sin gloria."

